DESPEDIDA ULTIMA

TE he estrechado la mano entre dos luces
y no te he dicho adiós. Estabas muerta
cuando estreché tu mano. Largas cruces

de. sombra penetraban por la puerta,
cuando los faros de los coches eran
telas de araña en la pared desierta.

Yo sé que hay fieras negras que no esperan
que se desprenda un fruto tan humano
y a la entrada del llanto se aglomeran.

Apuntalaba sombras mi otra mano
cuando te di la mano, y no te dije
adiós. Y era ya tarde, tan temprano.

La nube de aguijones que me aflige
se lleva todo el cielo por delante
y no sé a qué planeta lo dirige.

¡Ay! Todo no se pierde, que es bastante
con perder una mano, que se queda
colgando de otra mano ya distante.

Y no te dije adiós. La polvareda
que se alzó al derrumbarme te seguía
igual que sigue el polvo tras la rueda.

En escorzo, ha vagado por la umbría
soledad de este cuarto tu escultura.
Pero tú ya estás muerta, todavía.

Hubo un viento que amaba tu cintura
que en un rincón cualquiera sigue alerta
para cobrar tu ausencia con usura.

Y sé que no estás muerta, y estás muerta,
y no me queda más de cuanto ha sido
que este cansancio y esa puerta abierta.

Rígido por la escarcha, el alarido
en el más alto almiar de mi garganta
para volar después, hace su nido.

Y esta calma que sigue es hueca, y tanta
que de su misma sequedad se aleja,
que de su misma oscuridad se espanta.

Sólo queda en el vértice una queja
que a la farsa del llanto se resiste
y al color de la nada se asemeja.

Te he estrechado la mano y estoy triste,
y no te he dicho adiós. Y ya te has ido
y es bien poco esta sombra que me diste.

Y no te he dicho adiós. Y estoy perdido.



RAFAEL GUILLÉN